

Spanish Translation by  
Nancy Abraham Hall, Ph.D.  
August 2023

**BOSTON WOMEN' S MEMORIAL:**  
**ABIGAIL ADAMS, PHILLIS WHEATLEY AND LUCY STONE**  
Talking Statues Project developed by  
Boston Women Heritage Trail  
Abigail Adams and Lucy Stone Scripts by  
Joanne Parrent  
Phillis Wheatley  
Script by  
Marilyn Richardson and Joanne Parrent  
April 2023

**Abigail Adams**

[Se pone de pie y habla con autoridad.]

Me pusieron Abigail Smith al nacer no lejos de aquí en Weymouth, parte de la colonia británica de Massachusetts Bay. En aquella época se prescindía de la educación femenina, y para mucha gente, ¡estaba de moda despreciar la idea de que las mujeres eran capaces de aprender! ¡No puedo sino atribuir tal actitud a la envidia mezquina de los hombres hacia sus rivales femeninas! Pienso que si nos proponemos tener Héroes, Estadistas, y Filósofos, deberíamos tener mujeres doctas también! Afortunadamente mi madre nos enseñó a mí y a mis hermanas a leer, a escribir, y a trabajar con cifras, y la biblioteca de nuestra familia era amplia. Leíamos con amigos para extender nuestro conocimiento y más adelante tuvimos un tutor. Fue él quien me presentó a mi futuro esposo, John Adams, hombre de mente generosa y sentimientos liberales. John era para entonces abogado, y llegaría a ser el segundo Presidente del nuevo país que ayudaríamos a crear. Se convertiría en mi mejor y más querido amigo de por vida.

A la vez que crecía nuestra familia joven, también se intensificaba la rebelión de nuestro país contra la tiranía británica. En 1776, John estuvo en Filadelfia como delegado de Massachusetts al nuevo Congreso Continental que formularía la Declaración de Independencia.

Fue entonces cuando le escribí una carta a John en la que le dije, “Estoy ansiosa de saber que se haya declarado una independencia y, por cierto, en el nuevo Código de Leyes que supongo será necesario formular, deseo que usted se acuerde de las Damas, y que sea más generoso y favorable hacia ellas de lo que han sido los ancestros de usted.” Le dije a John, “no ponga tanto poder ilimitado en manos de los Esposos, y recuerde que todos los hombres serían tiranos si pudieran.” Por supuesto, yo sospechaba que él no le haría caso a mis ruegos, y por eso añadí, “Si no se les concede cuidado y atención particular a las Damas, nosotras fomentaremos, determinadamente, una Rebelión, y no nos consideraremos obligadas a seguir ninguna Ley bajo la que no tengamos ni voz, ni Representación!”

Así como luchábamos por la Libertad en aquellos tempranos días de este país, me preocupaba que la pasión por la Libertad no era igualmente Fuerte en el Seno de los que estaban acostumbrados a negarles la suya a sus Criaturas compañeras. Aun en Massachusetts había personas esclavilizadas, a pesar de que yo deseaba que no hubiera ni una sola en ninguna parte. Siempre parecía un Esquema muy inicuo—luchar para nosotros mismos por lo que les robábamos a diario a los que tenían tanto derecho a la libertad como nosotros. Ahora que nuestro país está en sus primeros años, temo que si vivo diez años más, veré una división entre los estados del Sur y los del Norte. Espero que nos mantengamos unidos, pero no sé por cuanto tiempo será posible, dado que en su naturaleza el Norte y el Sur se oponen tanto como el aceite y el agua.

### **Filis (Phillis) Wheatley**

[Sentada, contemplando su próximo verso.]

Abigail Adams, amante de la libertad, habla de personas esclavilizadas en la Provincia de Massachusetts. Yo fui una de ellas. Nací en el Oeste de Africa, y de niña, fui secuestrada por traficantes de esclavos. Me trajeron a estas costas tras un viaje aterrador en los recintos oscuros y apestosos de un buque. Los niños, junto con las mujeres en nuestro compartamento separado, no estuvimos encadenados los unos a los otros como los hombres, pero a todos nos sometieron a base de amenazas. Muchos murieron, o acabaron desfigurados para siempre por enfermedades. Yo llamaba en voz alta a mis padres, y sufrí al pensar en cómo mi desaparición les angustiaba. Aquí, en los muelles del puerto de Boston, llevando tan solo un pedazo de alfombra vieja, y enjaulada con los demás, temblaba más por miedo que por el frío que hacía. Se creía que yo tenía unos siete años, ya que me faltaban los dientes que a esa edad suelen caerse. Me pusieron el nombre de Filis (Phillis), que fue como se llamaba el buque en que había llegado. Los niños de la familia Wheatley, Mary y Nathaniel, deberían haberme visto como un tipo de mascota. Se maravillaban de que pudieran enseñarme su idioma, su alfabeto, y muy pronto, a leer y escribir. La señora Wheatley reconoció mi ardor intrínseco por las palabras, y ella me animaba a estudiar y a escribir. Compuse poemas sobre los eventos de su familia y su círculo social—los casamientos, nacimientos, enfermedades y fallecimientos. Aprendí latín y griego. Escribí adivinanzas en rima, ensayos sobre la religión, y hasta un tributo a los jóvenes de Harvard College. ¡Mi pluma recibió la ayuda de una musa! Compuse página tras página de poesía, más que suficiente para llenar un libro, aunque las editoriales e impresores de las colonias se negaron a publicar tal volumen.

A despecho de nuestras habilidades o logros, los que teníamos pinta cibelina éramos en la mayoría de los casos despreciados y vistos con desdén. En 1773, acompañé a Nathaniel a Londres, ¡la tierra de Pope y Milton! Allí me recibió con gentileza Benjamín Franklin, entre muchas otras personas notables. Y conocí a Selina, Condesa de Huntington, quien se convirtió en mi gran patrocinadora. Pude publicar una edición bella de mis escritos titulada *Poemas Sobre Varios Asuntos, Religiosos y Morales*. Siendo todavía esclava, me convertí en la primera escritora americana de origen africano, y tan solo la segunda poeta americana publicada. Cuando Suzannah Wheatley se puso gravemente enferma, nos apresuramos a volver a Boston. Al llegar, ¡me emocioné al encontrarme con cierta medida de fama y un público disponible para mi libro! Hasta tuve el honor de corresponder con George Washington.

Con el apoyo de amigos británicos, pude obtener mi libertad de los Wheatley y gozar de la posesión legal de mi propia persona y de mis esfuerzos literarios. Decidí casarme con John Peters, un hombre bueno,

devoto y libre. La vida que llevamos durante la guerra fue agitada y nos mudamos de la ciudad al campo y del campo a la ciudad. Tuvimos tres hijos, pero tristemente, la estancia de ellos en la tierra fue demasiado breve. Mi esposo y yo éramos libres en nombre con tal de permanecernos en el Norte. Nuestras restricciones no se debían al peso físico de los grilletes, sino a la necesidad duradera de los Americanos de mantener a nuestro pueblo en estado de casta servil. Creo que en cada pecho humano Dios ha implantado un principio que se impacienta con la opresión, un amor a la libertad que añora la liberación.

Así que pregunto: ¿cómo es posible demandar la libertad para uno mismo, la libertad para sus compatriotas, mientras se sigue ejerciendo poder opresivo sobre otros?

### **Lucy Stone**

[Se inclina sobre su trabajo, escribiendo o editando.]

Yo soy Lucy Stone. Como Filis (Phyllis) Wheatley, creo en la libertad y los derechos para todos. Nací en la granja de mi familia en West Brookfield, Massachusetts, a unas sesenta millas de aquí. En mi familia había tan solo una voluntad—la de mi padre. Mi madre ganaba dinero vendiendo huevos y queso, pero se le negó cualquier control sobre ese dinero. La mayoría de las mujeres aceptaban su desigualdad y la idea de que la mujer no fuera capaz de tener una educación, y que si la tuviera, sería menos femenina, menos deseada en todos los sentidos. Pero, a semejanza de Abigail Adams y Phillis Wheatley que me antecedieron, ¡yo quería una educación! Mi padre pagó muy felizmente para que mis hermanos asistieran a la universidad, pero no quiso gastar ni un centavo ni en mí ni en mis hermanas. Determinada, empecé a enseñar en las escuelas del distrito, ahorrando mi “sueldo de mujer”—mucho más bajo que el de los maestros varones—para que algún día yo pudiera obtener una educación universitaria. A los 25 años, por fin había ganado lo suficiente para estudiar en Oberlin College en Ohio, la primera mujer de Massachusetts en recibir un título universitario.

Después de graduarme, quería usar mis destrezas en el movimiento en contra de la esclavitud. Mis padres eran ambos abolitionistas comprometidos que nos enseñaron las virtudes de luchar contra el mal de la esclavitud. Si mientras oigo el grito de la madre esclavizada a quien le roban sus críos, no abro la boca, ¿no soy yo culpable también? Otras antes de mí habían oído la llamada y se habían lanzado a hablar por los esclavizados. Un terremoto no podría haber asustado más a la comunidad que cuando las mujeres empezaron a hablar en público. Pero si no se equivoca un hombre al declararse en contra de la causa del sufrimiento, ¿no cambia el carácter moral del acto que una mujer haga lo mismo! Me uní a la Sociedad Anti-Esclavitud y me hice oradora. ¡Pero pronto empecé a abogar no solamente por los esclavizados, sino también por la elevación de mi sexo para procurar los derechos de la mujer! En la educación, en el matrimonio, en la religión, en todo, el destino de la mujer era ser decepcionada. Pero la idea de los derechos de igualdad flotaba en el aire. Así que decidí que sería el enfoque de mi vida ahondar la decepción en el corazón de cada mujer hasta que ellas dejaran de someterse a tal decepción. Era hora de que al hombre le diéramos fe en la mujer—y aún más, a la mujer, fe en sí misma. Aunque no creía casarme jamás, dado que nunca renunciaría a mi trabajo, me cortejó el abolitionista Henry Blackwell. Sus hermanas, Elizabeth y Emily, fueron las dos primeras mujeres del país en obtener título médico, así que a él no le intimidaban las mujeres independientes como yo, mujeres que daban su opinión con franqueza. Cuando nos casamos, nos pusimos de acuerdo en que ninguno de los dos intentaría fijar la residencia, el

empleo o las costumbres del otro, y él acordó renunciar todos los privilegios concedidos por ley a los varones. Publicamos nuestro juramento a modo de protesta, insistiendo en la igualdad dentro del matrimonio. Y seguí siendo Lucy Stone. Mi nombre es mi identidad. Me parecía que una esposa no debería sentirse más obligada a tomar el nombre de su marido que él a adoptar el nombre de ella.

Mi vida entera trabajé para poner fin a la esclavitud y para establecer los derechos de la mujer, incluyendo el derecho a sus hijos, de no ser maltratada ni violada en su propia casa, y el derecho al voto. En Boston mi marido yo, junto con otros, fundamos *El diario de la mujer (The Woman's Journal)*, acompañados más tarde por nuestra hija, Alice Stone Blackwell. Es el periódico nacional de más larga duración dedicado al voto para la mujer. Yo sé que todavía no se ha logrado la igualdad plena para la mujer, pero espero que el camino que las jóvenes de hoy tienen por delante sea más corto que el que les queda por detrás.